

INTERVENCIÓN DE ANA VELASCO EN LA ENTREGA DEL PREMIO FUNDACIÓN VILLACISNEROS A ANA MARÍA VIDAL-ABARCA

Madrid, 16 de noviembre de 2015

Buenas tardes a todos, queridos amigos, y muchísimas gracias por estar acompañándonos en este acto tan emotivo para nosotras en una tarde en la que desgraciadamente un profundo dolor nos embarga por el horror sufrido el pasado viernes en París donde, una vez más, el terrorismo ha golpeado con salvaje brutalidad truncando vidas, destrozando familias y tratando de destruir nuestra civilización.

Todo lo que acabamos de ver y escuchar nos ha conmovido enormemente. Tantos amigos entrañables, tantos testimonios alabando la figura de nuestra madre, nos llegan a lo más profundo del corazón.

Cuando Iñigo Gómez-Pineda, el presidente de la Fundación Villacisneros, llamó a nuestra madre para comunicarle que el Patronato había decidido por unanimidad concederle el premio de la Fundación, ella se sintió profundamente agradecida e ilusionada y a partir de ese momento se puso a pensar en lo que iba a decir en el acto de entrega. En un cuaderno apuntaba sus ideas y nos decía que quería preparar muy bien su discurso, que tenía mucho que decir. No lo pudo hacer. No llegó a escribir ese discurso pero todo lo que quería transmitirnos esta tarde nos lo había dicho ya a lo largo de su propia vida, con su ejemplo, con su personalidad, con su actitud ante la vida, que quedarán como una referencia imborrable, como el modelo al que intentar parecemos.

Porque ella, que tuvo que afrontar a los cuarenta y un años el asesinato de su marido, nuestro padre, que se quedó sola con cuatro hijas –como otras muchas mujeres a las que Eta dejó viudas sin compasión- no permitió que le venciera la adversidad y desde el primer momento demostró su fortaleza, su equilibrio, su grandeza moral, su inconformismo ante la injusticia, su capacidad de superación para –a la vez- cuidar a su familia y defender sus convicciones.

Porque mientras enarbolaba la bandera –de la que nunca se desprendió- de la defensa de los derechos y el simbolismo que representan para España las víctimas del terrorismo- nos dio a nosotras el cobijo, la seguridad, los sabios consejos, la protección que tanto necesitábamos. Su ejemplar actitud de compromiso, su nobleza, su clarividencia, su inteligencia, su bondad y rectitud, su sólida presencia, nos ayudaron a sobrellevar el dolor de la ausencia y a ser una familia unida. Día a día la vimos canalizar el sufrimiento, sobreponerse a él ayudando a los demás, actuando con coherencia, siendo valiente y generosa, demostrando un elevado sentido de la justicia que siempre reivindicó ante las muchas arbitrariedades que vio cometer y siendo perseverante en las muchas batallas que hubo de librar.

Pasó por momentos muy difíciles pero nunca se acobardó. Hubo periodos en que temimos seriamente que le pudiera pasar algo. Recuerdo en especial una ocasión en que en la portada del periódico Egin –actual Gara- se publicó a toda página que Herri Batasuna –actual Bildu- acusaba a los dirigentes de la AVT de

ser unos fascistas. En aquellos tiempos aquel era el periódico que marcaba objetivos a la banda terrorista. Con enorme preocupación, llamé en secreto a una persona que pensé que podría ayudarnos a protegerla y esa persona me contestó “no te preocupes, a las víctimas nunca les hacen nada”. Al cabo de los años, nuestra madre nos confesó que en aquella época antes de subirse en el coche, miraba debajo por si acaso. Para nosotras la idea de que pudiera pasarle algo era sencillamente insoportable pero a pesar del miedo la comprendíamos, la apoyábamos, la admirábamos y compartíamos totalmente su entrega absoluta a la causa de las víctimas del terrorismo. Todas sabíamos en nuestro fuero interno que esa era la mejor forma de honrar a nuestro padre, y a todos los asesinados por Eta, de contribuir a que el servicio que habían prestado a España siguiese teniendo sentido.

Un acontecimiento del que se sintió especialmente satisfecha fue la aprobación en 1999 de la “Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo”. Para ella fue la culminación de dieciocho años de incansable dedicación. Aquella ley marcó un antes y un después en la consideración pública hacia las víctimas del terrorismo y subsanó –aunque no del todo- incomprensibles omisiones y desigualdades. En ese sentido, cuando a veces veía diferencias e injusticias, siempre nos decía “yo quiero ser del montón”, “me alegro mucho de ser de las del montón, no quiero que me traten mejor que a los demás”.

En los desengaños que sufrió y que le afectaron, se sobrepuso con esa filosofía de la vida que tanto le ayudó. Ella decía “ganas cuando confías, aunque a veces te equivoques, ganas cuando eres buena persona, ganas cuando procuras no hacer daño a nadie”. Y siendo como era, con su cercanía, su sencillez y naturalidad de carácter y de trato, supo ganarse el cariño y el respeto que los que la conocían sentían por ella.

El destino quiso que el mismo día en que supimos el diagnóstico de su enfermedad nos llegase la sentencia de la Audiencia Nacional en la que se desestimó la demanda que habíamos presentado por mal funcionamiento de la justicia al enterarnos de que el autor material del asesinato de nuestro padre no había sido procesado. La audiencia no nos dio la razón y nos condenó a pagar las costas. Recuerdo que cuando tomamos la decisión de presentar la demanda, nuestra madre dijo que quizá aquello nos había pasado porque teníamos que abrir un nuevo camino para que las familias de los más de trescientos asesinados cuyas causas no se han resuelto pudieran seguirlo y lograr así un resarcimiento. Todo lo hacía pensando en la utilidad que pudiera tener para los demás. No pudo ser. Ese día hubo de empezar otra batalla en la que, una vez más, demostró su inmensa categoría, su valentía, su tesón y sus ganas de vivir, hasta el último minuto.

Pero además de dedicar buena parte de su tiempo y energía a tratar de que las víctimas del terrorismo tuvieran el reconocimiento que merecen por su sacrificio en defensa de España y que durante mucho tiempo no se les otorgó –como parece que está volviendo a ocurrir hoy-, además de transmitir a sus hijas y nietos amor, amparo y sabios consejos, además de ser una auténtica matriarca siempre reuniendo a su extensa familia a su alrededor, también supo cultivar la amistad de forma leal y buena prueba de ello sois todos los queridos

amigos que estáis hoy aquí con nosotros y que bien sabéis la importancia que tuvisteis para ella. Vosotros pudisteis disfrutar de su optimismo, de su alegría, de su simpatía, de su fidelidad y siempre que hiciera falta, de su apoyo incondicional al igual que ella contó con el vuestro cuando lo necesitó. Gracias a todos. Erais muy importantes para ella.

Nuestra madre, que era fuerte, recia y sobria, era también elegante en su forma de ser, llena de sentido común y del humor y con una intuición extraordinaria. De vez en cuando nos decía en broma “Estoy harta de no equivocarme”. Y era verdad, se equivocaba muy pocas veces.

Nunca en su vida nos transmitió ni un solo sentimiento que nos pudiera causar desasosiego, solo confianza y seguridad. Quiso ser el sostén de nuestras vidas. Lo fue y lo seguirá siendo siempre, nuestra guía, nuestro faro, nuestra luz. Por eso, aunque su partida nos ha dejado hundidas en la desolación, y cada día sentimos más añoranza, le damos gracias a Dios por habernos dado el privilegio de tener unos padres extraordinarios a los que les debemos todo lo que somos y cuya contribución a una España mejor nos enorgullece y será siempre un acicate para nosotras.

Gracias de todo corazón a todos vosotros por estar hoy aquí acompañándonos y a la Fundación Villacisneros por este premio que reconoce públicamente el valor y el testimonio de vida de la mujer integra que fue nuestra madre. Me van a permitir que –como seguro que hubiera hecho ella- dedique el galardón a todas las personas comprometidas con la libertad y con la justicia, y en estos terribles días que estamos viviendo, a las víctimas de la masacre de París, a las de los terribles y recientes atentados de Estambul y Beirut y a todos los que han perdido la vida golpeados por el odio y el fanatismo. Un odio y un fanatismo que cada uno de nosotros debemos contribuir –cada uno como podamos- a combatir y vencer. En su nombre, muchísimas gracias.